

Al Br. Alfredo Fumal, de su amigo y
Compañero

268504/
(ord. 20533)
(R)

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

POBLACIÓN

TESIS

PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN JURISPRUDENCIA

POR

JOSÉ CREMONESI



MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

Calle del 18 de Julio, 77 y 79

1894

Catalogado 20	15
Copia	3

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

CLAUSTRO DE LA FACULTAD

RECTOR:

DOCTOR DON PABLO DE-MARÍA

DECANO:

DOCTOR DON EDUARDO BRITO DEL PINO

CATEDRÁTICOS:

Filosofía del Derecho.....	Doctor don Federico E. Acosta y Lara.
Derecho Romano.....	» » Luis Piñeyro del Campo.
Derecho Civil.....	» » Juan P. Castro.
» »	» » Scrapio del Castillo.
Derecho Constitucional.....	» » Justino J. de Aréchaga.
Derecho Penal.....	» » Martín C. Martínez.
Derecho Internacional Público.....	» » Antonio M. Rodríguez.
Economía Política.....	» » Carlos M. de Pena.
» »	» » Eduardo Acevedo.
Derecho Comercial.....	» » Eduardo Vargas.
Procedimientos Judiciales.....	» » Pablo De-María.
» »	» » Eduardo Brito del Pino.
Derecho Internacional Privado.....	» » Gonzalo Ramírez.
Derecho Administrativo.....	» » Carlos M. de Pena.
Práctica Forense.....	» » Alfredo Vásquez Acevedo.
Medicina Legal.....	» » Elías Regules.

SECRETARIO:

DOCTOR DON ENRIQUE AZAROLA

PADRINO DE TESIS:

Doctor don Carlos M. de Pena

PADRINO DE GRADO:

Doctor don Alfredo Vásquez Acevedo

Ley de Malthus

Malthus comienza su *Ensayo sobre el principio de la población* formulando una pregunta que encierra un problema de grandísima importancia, y proponiendo como operación anterior y necesaria el examen de dos cuestiones. La pregunta es la siguiente: ¿cuáles serán los progresos futuros de la sociedad? Las dos cuestiones se presentan así: ¿cuáles son las causas que han obrado en los tiempos anteriores deteniendo en su curso los progresos de los hombres en el crecimiento de su dicha? ¿qué probabilidades tenemos de poder destruir total ó parcialmente esas fuerzas que son trabas opuestas á dicho desarrollo?

Siendo varias las causas, diversos los obstáculos, numerosas las trabas, y requiriendo el análisis perfecto de todas estas causas, obstáculos y trabas, el esfuerzo de muchos, Malthus resuelve dedicar su atención á una sola de dichas fuerzas, íntimamente ligada á la naturaleza humana, que ha hecho sentir su influencia desde el nacer de las sociedades y que, no obstante ser grandísimo su poder, poco ha llamado la atención de los que se dedican á estas cuestiones.



40926

8 III 2015



Esta fuerza á la que el autor inglés dedica su obra, es la población; y he citado las preguntas con que principia su libro como la mejor demostración de la trascendencia y alcance del fenómeno económico, que es, como dice Baudrillart, la materia viviente de la Economía política, y que todos los hombres de Estado reconocen como el núcleo de la fuerza y de la riqueza de las naciones.

Es esa población distribuída de una manera caprichosa sobre la tierra; es esa cantidad de hombres que, formando en ciertas regiones agrupaciones compactas, diseminados y separados por largas distancias en otras comarcas, se presentan ocupando nuestro globo; es esa multitud que debe estudiarse bajo el doble aspecto del número y la densidad, es decir, que puede ser grande en sí y pequeña comparada con el territorio, la que nos va á preocupar, por una parte.

Por otra parte, formando el término de comparación, tenemos los medios de subsistencia, es decir, la producción: los dones de la naturaleza, del trabajo y del capital; las ofrendas de todas las fuentes de riquezas.

Presentados los dos términos, la cuestión se plantea así: ¿La producción satisfará las necesidades de los hombres? Para alimentar á esa multitud que se ve bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse ¿serán suficientes todas las fuentes de riquezas?

Es considerado de esa manera, es estudiado teniendo presente su relación con la producción, que el problema de la población, que atrae las miradas del político que mide la prosperidad de los pueblos

por el número de habitantes, ocupa un puesto importantísimo en los dominios de la Economía política.

La trascendencia de dicho asunto se imponía; en los tiempos de la Antigua Grecia despierta el interés de filósofos profundos como Aristóteles y Platón, siendo en los tiempos modernos el objeto de estudio de los filósofos del siglo XVIII; en todos los tiempos los sabios han expuesto al respecto sus ideas, pero bien puede decirse que en las más de las ocasiones las teorías han sido poco científicas y los autores poco felices en sus juicios dictados sin tener por base la observación de los hechos y las deducciones de una lógica verdadera.

Recién dos años antes que desapareciera el siglo pasado, el estudio de la población toma el carácter de ciencia de observación mediante la publicación de un tratado muy conciso, que fué luego complementado y demostrado por un libro que con el título de *Ensayo sobre el principio de la población* aparece en los primeros días del siglo XIX.

Aquel libro en el que, en medio de sus errores ó exageraciones, productos del medio social que siempre obra sobre todo escritor, se traslucen el espíritu analítico de un sabio, la paciencia incansable de un observador y los sentimientos nobles de un filántropo, es el fundamento de la gloria del pastor anglicano Tomás Roberto Malthus.

Además de las verdades que encerraba, el libro prestó el notable servicio de que, apareciendo en una época de crisis para la nación inglesa convulsionada por un panfleto que proclamaba que la pobreza era producto de las injusticias del estado

social y atacaba al gobierno, viniera á refutar ideas tan peligrosas para la estabilidad del orden público; contra el libro de Godwin, Malthus trató de demostrar que el mismo pueblo era la causa principal de sus propios dolores, y que los ricos nada pueden, y el gobierno no es el responsable de la desgracia pública.

El libro del sabio inglés demuestra que su autor creía que la naturaleza había dotado al hombre de diversas cualidades que le hacían apto para obtener valiosos resultados en sus esfuerzos de adelanto, pero denunciaba la población como principio poderosísimo que había de paralizar el progreso humano.

Esta suposición, que es el punto de arranque de su teoría, la encontramos resumida en este párrafo que transcribimos de Bastiat en sus *Armonías económicas*: « Dios parece que ha cuidado mucho á las especies y poco á los individuos.—En efecto, cualquier clase de seres animados de que se trate, la vemos dotada de fecundidad tan desbordante, de tan extraordinario poder de multiplicación, de tan superabundante profusión de gérmenes, que el destino de la especie parece asegurado, pero el de los individuos parece muy precario, porque todos los gérmenes no pueden entrar en posesión de la vida y carecen de ella al nacer ó mueren prematuramente. El hombre no constituye excepción á esta regla. Dios aseguró la conservación de la humanidad proveyéndola de un gran poder de reproducción. El número de hombres llegaría, pues, naturalmente á sobrepajar al que la tierra puede alimentar, si no existiese la previsión. Pero el hombre prevé y únicamente su razón y su voluntad pueden servir de obstáculos á esa progresión fatal. »

Efectivamente eso pensaba Malthus, y en su obra, antes de desarrollar su tesis, cita las palabras del doctor Franklin, que había dicho que la facultad reproductora de las plantas y de los animales no encontraba otro límite sino el hecho de que aumentando considerablemente en número se robaban mutuamente su subsistencia.

Las palabras del doctor Franklin merecen entero crédito á Malthus, que, después de citarlas, añade que son incontestables, y sostiene que la naturaleza observa conducta diversa cuando se trata de derramar los gérmenes de la vida en el mundo animal y vegetal, á la que usa cuando ofrece los alimentos que esos seres reclaman. Generosa en el primer caso, cuando se trata de crear individuos, es, por el contrario, avara cuando concurre á las necesidades de los mismos que ella protegió al nacer.

Del hecho citado nace la dificultad del problema. La tendencia á crecer en los animales y en las plantas se manifiesta sin que ellos puedan vencerla ni modificarla; la cuestión se resuelve con la muerte por falta de alimentos y de sitio de todo lo que nace más allá de los límites que la naturaleza ha marcado á cada especie. Tratándose del hombre el asunto se complica; aparece como obstáculo á ese mismo instinto el temor que le asalta al considerar que no se encontrará en condiciones de poder mantener á su prole; si cede ante esa justa alarma, si oye la voz de la razón, es sólo á condición de un gran esfuerzo moral, sacrificándose en holocausto de su virtud; si, por el contrario, triunfa el instinto y éste lo arrastra, crece la población más allá de los medios de subsistencia, para ser luego disminuída

rápidamente en virtud de esa misma falta de alimentos.

Resumiendo diremos: La población tiende á ponerse al nivel de los medios de subsistencia. — La falta de alimentos será, por lo tanto, el mayor obstáculo que encontrará la población en su desarrollo; obstáculo que existirá siempre donde los hombres estén reunidos y que se manifestará bajo las formas de la miseria y del hambre. — Ahora bien, averiguar cuál es el medio que el hombre debe emplear para evitar que la población llegue más allá de los medios de subsistencia, poner en movimiento la fuerza que deba sustituir al hambre y otras calamidades en la misión de mantener el número de hombres en una proporción justa, he aquí lo que preocupa á Malthus y que indica su teoría.

Si entramos á estudiarla en detalle, podemos reducirla á dos principios: la ley de multiplicación y la ley de limitación, pudiendo ambos ser considerados bajo dos aspectos: la multiplicación de la población y la de los alimentos, la limitación por medio de fuerzas que previenen y por medio de fuerzas que reprimen.

Malthus al estudiar el modo de crecer de la población, ó sea la potencia reproductora del hombre, quiso antes de todo conocer cómo se verificaría ese aumento si no existieran obstáculos que, obrando de cualquier modo, impidieran el crecimiento de la especie humana.

Esta curiosidad científica no podía satisfacerse de una manera precisa porque en todas las regiones de la tierra obran los obstáculos que él quería eliminar, de manera que las cifras que podría obte-

ner serían resultado de un cálculo más ó menos aproximado.

Dirigió su mirada investigadora á los Estados Unidos y tomó esta nación como prueba del movimiento creciente de la población, que él suponía, y observó que la estadística revelaba que, aunque los obstáculos que pretendía destruir obraban permanentemente en estas regiones, la población duplicaba cada 25 años.

Fué entonces que, abandonando el cálculo de autores que pretendían que la población debía doblar cada 12 años, según unos, y cada 10 años, según otros; haciendo abstracción de todo obstáculo, buscó Malthus una base segura para su teoría, huyendo de toda exageración, en la cifra que le ofrecían los datos estadísticos de la América del Norte.

Fué aceptando dichas cifras que dicta la primera fórmula de su teoría:

«Podemos tener por cierto que cuando la población no es detenida por ningún obstáculo, se duplica cada 25 años y crece de período en período según una progresión geométrica.»

En seguida se dedica á hallar la fórmula que preside el crecimiento de los medios de subsistencia.

La sola fuerza reproductora de que están dotados los seres hace que la población pueda duplicarse cada período, sea cualquiera el número primitivo; mil hombres deben duplicarse al cabo de 25 años, como en el mismo tiempo lo haría un millón por el solo principio de la población; pero, ¿se obtendrá con la misma facilidad el alimento necesario para hacer frente á las necesidades del mayor número al fin de la misma época?

La contestación tiene que ser forzosamente negativa. — El crecimiento rápido de los medios de subsistencia depende, según Malthus, del mejoramiento de las tierras; ahora bien, sabido es que la tierra sólo responde al llamado del hombre á condición de que éste le dedique su trabajo y le indemnice de lo que aprovecha, siendo, por otra parte, algo morosa, puesto que sus obligaciones son comunmente á plazo. — Resulta de esto que los progresos de la tierra sólo se obtienen mediante el trabajo y el tiempo, y que esos mismos progresos no son crecientes, sino, por el contrario, son cada día menos notables, mientras que la población por todas partes donde encuentra con qué subsistir, crece, y esos crecimientos se convierten á su vez en fuentes de nuevos crecimientos.

La tierra no cede sus productos de una manera gratuita: es preciso pagarla; y la ley de restitución, esa ley que señala como imprescindible devolver al suelo algo en indemnización de lo que nos ofrece, agregada al hecho de que hay que permitirle un descanso para que sufra la influencia de los elementos que la rodean, es la mejor prueba de que en muchas ocasiones los medios de subsistencia se detienen mientras la población sigue creciendo.

Es cierto que en nuestro globo hay aun muchas tierras sin cultivo y casi sin habitantes, donde el hombre puede obtener nuevos medios de subsistencia, pero esos nuevos elementos de alimentación no se obtienen sino al cabo de algún tiempo y mediante muchos esfuerzos; y como durante esta época de preparación el número de habitantes tiene que guardar relación con la subsistencia, resulta que

rara vez una gran extensión de tierras será puesta rápidamente en cultivo. — Pero, suponiendo el caso que por colonización ú otro medio se consiga, la población creciendo sin detenerse llegaría á ponerse bien pronto límites á sí misma.

Malthus hace notar que si en América la población continúa creciendo, aunque sea de una manera menos rápida que en los primeros períodos del establecimiento de los conquistadores, los indígenas tendrán que desalojar sus tierras ante la invasión de los hombres industriosos que buscan nuevos campos de explotación, acabando por extinguirse esa raza; siendo aplicables hasta cierto punto estas observaciones á todas las regiones en que el suelo está imperfectamente cultivado.

Concluye el autor del *Ensayo sobre la población*, esta parte de su libro analizando el problema en Inglaterra y Escocia, y sostiene que suponer que, si se protege á los cultivadores y se dictan leyes de excelente administración, se verá doblar en los primeros 25 años el producto de las tierras, sería admitir algo que es poco probable, pero es absolutamente imposible creer que el producto siga la misma ley y esperar que al fin del segundo período haya cuadruplicado, puesto que sería la más enérgica negación de todas las nociones admitidas sobre la fecundidad del suelo.

Para sentar la segunda proposición de su ley, Malthus hace uso de una suposición que llama inexacta, pero que es favorable en gran escala á la producción de la tierra, puesto que es muy superior á la cifra que la experiencia señalaba:

«Estamos habilitados para decir, partiendo del

40926

8 III 2015

estado actual de la tierra habitada, que los medios de subsistencia, en las circunstancias más favorables á la industria, no pueden jamás aumentar más rápidamente que en una progresión aritmética.»

La teoría de Malthus, en cuanto trata de la multiplicación, se reduce á las dos proposiciones citadas, que también pueden formularse así:

La raza humana se desarrollará como 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, mientras que las subsistencias aumentarán como 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Al cabo de dos siglos la población quedará con los medios de subsistencia en la proporción de 256 á 9.

Estamos, pues, comparando dos principios bien diferentes que es necesario equilibrar: la población de tendencia constante hacia el aumento, que no necesita período de descanso para reponerse y que por el contrario crece en poder á medida que se pone en acción; y frente á ella, los medios de subsistencia, de impulsos menos uniformes, que reclaman momentos de tregua para conseguir nuevas fuerzas y que ceden en la lucha; son esos dos principios distintos en su alcance los que hay que contrabalancear.

Vemos que el principio de la población traspasa en cada período los límites marcados por los medios de subsistencia, de manera que para mantener el equilibrio, para que los hombres encuentren un número de alimentos que le sea proporcional, es necesario la existencia de una causa ó ley que sea superior á su poder y neutralice sus progresos.

Entramos en la segunda parte de la teoría de Malthus; entramos á estudiar lo que hemos denominado ley de limitación.

De la disertación anterior en la que Malthus analiza el modo de desarrollarse la población y el modo de presentarse los medios de subsistencia, resulta que el mayor obstáculo que se opone á esa tendencia de aumento en el número de hombres es la falta de alimentos proveniente de la diferencia de relación que siguen esos dos principios en su crecimiento respectivo.

Pero esa fuerza que impide que la población siga su marcha demasiado creciente no se manifiesta comunmente de una manera directa; su influencia inmediata sólo se hace sentir en las raras ocasiones en que el hambre, producto de la falta de alimentos, ejerce sus estragos.

Otros son los obstáculos que impiden ese progreso creciente de la población, otras son las potencias que se sustituyen al hambre para contener á los hombres dentro de ciertos límites marcados de antemano por la producción: son obstáculos ó potencias que reconocen como origen, ya las costumbres ó enfermedades que nacen de esa misma escasez de alimentos, ya las causas físicas ó morales, independientes de esta escasez, que obran para quitar la vida de una manera prematura.

Estos obstáculos á la población, que ejercen una influencia constante, con mayor ó menor violencia, en todas las sociedades humanas, y cuyo resultado es mantener el número de hombres proporcional al número de alimentos, pueden dividirse en dos grandes grupos. Unos obran previniendo el crecimiento de la población, y otros la destruyen cuando se ha formado; los primeros impiden que se traspase el nivel de los medios de subsistencia, los segundos

traen la fuerza que ha vencido toda resistencia á su justo límite; llámanse estos obstáculos represivos, aquellos obstáculos preventivos.

El obstáculo preventivo es peculiar al hombre y resulta como consecuencia de una facultad que lo distingue de los otros animales, y que consiste en la suficiente capacidad para poder prever y apreciar las circunstancias lejanas del porvenir. Este obstáculo no obra sobre las plantas y los animales privados de razón, puesto que su crecimiento indefinido sólo tropieza con hechos cuya influencia es siempre destructora, excepto algunos, que son los menores en número, que son en realidad preventivos, pero que se diferencian esencialmente de los que estamos considerando porque son completamente ajenos á la voluntad del ser.

En una sociedad basada en un sistema de absoluta igualdad, el hombre puede verse asaltado por el solo temor de no poder atender á las necesidades de su prole, si compara los medios de subsistencia con el excesivo número de los que asisten á su repartición; en la sociedad tal como es en el presente, con sus clases y sus categorías, otras consideraciones aparecen: el peligro de perder su rango social, la probabilidad de verse obligado á abandonar sus costumbres actuales, la necesidad de buscar otro empleo ú ocupación que le dé mejores resultados, la precisión de imponerse un trabajo más penoso ó arriesgarse en empresas más difíciles, el temor de no poder dar á sus hijos una educación como aquella de cuyos beneficios ha gozado; en una palabra, un conjunto de sentimientos altruistas y egoístas que se resumen en el temor á la miseria.

Todas estas consideraciones que el hombre, en su calidad de ser inteligente, puede hacerse mientras contempla las perspectivas de su porvenir, previenen en toda sociedad civilizada gran número de matrimonios precoces, y se sustituyen con su influencia á la dura ley del hambre en la misión de mantener la población dentro del círculo marcado por las subsistencias.

El obstáculo preventivo es la abstinencia del matrimonio unida á la castidad, que Malthus denomina *moral restraint*, distinta de la simple prudencia, puesto que consiste, según dicho autor, en vivir en la castidad y no casarse cuando no se tiene con qué alimentar una familia, mientras que la segunda no supone necesariamente la observancia estricta de las leyes del pudor.

El obstáculo represivo es de naturaleza muy distinta á la del preventivo, y se manifiesta bajo diversos aspectos. Comprende este obstáculo toda esa serie de causas que tienden á abreviar la duración natural de la vida humana por el vicio ó la desgracia. Entran en esta categoría fuerzas de muy variada potencia: las ocupaciones malsanas, los trabajos rudos ó excesivos, la extrema pobreza, la mala alimentación de los niños, la insalubridad de las grandes ciudades, los excesos de todo género, las enfermedades, las epidemias, la guerra.

Todas estas fuerzas se hacen sentir, lo mismo que las llamadas preventivas, en las diversas agrupaciones humanas y es la potencia que con mayor rigor castiga á la población en su crecimiento.

Malthus termina este estudio haciendo notar que todos los obstáculos que se oponen á la población

que hemos comprendido en los dos grandes grupos de preventivos y represivos, pueden reducirse á tres: la *moral restraint*, que traduciremos fuerza ó violencia moral, el vicio y los sufrimientos.

El hecho de no casarse hasta que se esté en condiciones de poder atender á las necesidades de la familia, y someterse á las leyes de la castidad, forma el obstáculo que comprendemos bajo la denominación de fuerza moral.

El libertinaje, las pasiones contrarias á las leyes de la naturaleza, el adulterio, y por otra parte los medios empleados para ocultar las consecuencias de uniones criminales ó irregulares, son obstáculos que pertenecen á la categoría del vicio.

Entre los obstáculos represivos, los que resultan como derivación inevitable de las leyes de la naturaleza componen exclusivamente la tercera clase designada con el nombre de sufrimientos; habiendo otros que nosotros mismos hacemos nacer, como las guerras, los excesos de toda clase, que son de naturaleza mixta; puesto que suscitados por nuestros vicios, traen como consecuencia los sufrimientos que se convierten en fuerzas opuestas á la población.

Estos obstáculos preventivos y represivos forman el *obstáculo inmediato* á la población, que se manifiesta constantemente en todas las sociedades, aunque nunca necesitan obrar de común acuerdo. Por lo general, el predominio del represivo implica la no necesidad del preventivo, como el preventivo obra cuando el represivo no ejerce influencia notable; efectivamente, en regiones sujetas á una gran mortalidad, como consecuencia de las condiciones malas del medio, el obstáculo preventivo no nece-

sita desarrollarse con gran energía porque el represivo mantiene el equilibrio; en países, por el contrario, en que las circunstancias de clima y situación geográfica se traducen en una gran salubridad, el obstáculo preventivo debe funcionar con mucha actividad para suplir la poca potencia del represivo.

En todos los países estos obstáculos existen en acción constante, con mayor ó menor energía, según su estado de civilización, y sin embargo se nota, en general, el fenómeno de que la población tiende á crecer más allá de los medios de subsistencia.

El fenómeno se manifiesta como demostración de que en muchas agrupaciones hay que reforzar esos obstáculos para evitar especialmente que la miseria se apodere de la clase popular; como prueba de que hay que añadir nuevos bríos, nuevos impulsos á esas tendencias que salvan á la sociedad de caer víctima del hambre por falta de alimentos ó de ser traída á su justo límite por las epidemias ú otros medios violentos.

He aquí el modo de obrar de esos obstáculos en el estado actual de la sociedad, según Malthus: Supongamos un país cualquiera cuyos medios de subsistencia sean precisamente los que necesite su población para atender á sus necesidades: este estado de cosas cambia prontamente desde que la tendencia á aumentar del hombre se manifiesta aun en las sociedades más viciosas en las que el obstáculo represivo se encuentra en todo su desarrollo, convirtiéndose, en virtud de ese crecimiento, en pequeño el número de alimentos comparado con el de los que los piden, de manera que el alimento que bastaba para un millón, por ejemplo, debe ser repartido

entre un millón y medio de hombres. Veamos los resultados. Desde luego el obrero vivirá con mayor dificultad imponiéndose grandes privaciones, y muchos quedarán reducidos á la más dura necesidad; el número de trabajadores ha aumentado y no siendo éste proporcional á la cantidad de obra que hacer, resulta disminución del precio del trabajo; por otra parte, la escasez de subsistencia produce una suba notable en su valor, de manera que siendo el jornal menor y el costo de los alimentos mayor, tiene el obrero necesidad de trabajar mucho más que antes si no quiere cambiar en su régimen de vida.

Llegan la miseria, el hambre y las enfermedades, y durante este período los matrimonios no se celebran en virtud del temor á las dificultades que causa una familia; la población se detiene entonces y se hace estacionaria. Las circunstancias especiales de la época, que son el precio bajo del trabajo, la abundancia de obreros y la obligación que pesa sobre éstos de trabajar con mayor actividad, animan á los propietarios á aplicar en sus tierras para mejorarlas un número de brazos mayor que el que antes se ponía en ejercicio, é incitan para que se cultiven las que antes permanecían descuidadas; hasta que al fin los medios de subsistencia aumentan hasta llegar al nivel en que estaban en el momento que nos ha servido de punto de partida. Entonces la situación del obrero se hace menos crítica, desaparecen las privaciones, la miseria se va retirando lentamente, los casamientos se hacen más numerosos, la población aumenta.

Estas alternativas de progreso y atraso se repiten, y según Malthus, estas oscilaciones de bienestar

y apuros se han mostrado en todos los países antiguamente constituídos, aunque de una manera menos marcada y menos regular; pero estas variaciones no se han notado por varias causas, siendo la principal el hecho de que los historiadores se ocupan generalmente de las clases elevadas de la sociedad cuando estas fluctuaciones se hacen sentir más enérgicamente en las clases inferiores.

En seguida el autor dedica varios capítulos de su obra á hacer un estudio detenido de los diferentes obstáculos que han obrado en los tiempos modernos como en los antiguos, en los pueblos que hoy viven sobre la tierra como en los que han desaparecido, para terminar con esta conclusión:

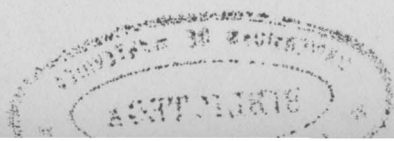
Desde que el crecimiento natural de la sociedad ha sido constante y eficazmente contenido dentro de ciertos límites por diversos obstáculos de distinta índole; desde que las medidas adoptadas en varios países para impedir la influencia poderosa de esas fuerzas, como mejoras en la forma de gobierno, planes de emigración, instituciones de beneficencia, reglamentos especiales de dirección de la industria, no han podido vencer la acción permanente de esas potencias, que bajo variadas formas se han opuesto al desarrollo de los hombres, es preciso concluir que este hecho *es una ley de la naturaleza y que es necesario someterse.*

Ya que no nos es dado neutralizar los efectos de esas trabas que no permiten el libre desarrollo de la población; ya que es necesario doblarnos ante la imposición de esa ley natural, debemos determinar, por ser esto lo único dejado á nuestra elección, cuál es el obstáculo menos perjudicial á la virtud y á la dicha.

Desde que los obstáculos pueden reducirse á la fuerza moral, al vicio y á los sufrimientos y debemos decidarnos por uno de ellos, la elección no puede ser dudosa; desde que la población debe ser contenida, es preferible que lo sea por la prudente previsión de las dificultades que entraña una familia, que por la necesidad ó el dolor.

Los males físicos y morales, dice con razón Malthus, son los mejores avisos para evitar en nuestra conducta lo que no es adecuado á nuestra naturaleza y lo que puede perjudicar á nuestra dicha. El exceso en la alimentación causa enfermedades; así como cometemos acciones que luego provocan el arrepentimiento cuando nos dejamos arrastrar por la cólera, y si permitimos crecer demasiado rápidamente la población somos víctimas de la miseria y de las enfermedades. En todos los casos las leyes de la naturaleza son semejantes y uniformes: cada una de ellas nos indica el punto en que, cediendo á nuestros impulsos, pasamos el límite prescrito por otra ley colateral y no menos importante. La incomodidad que nos produce la gula, el daño que causamos arrastrados por la cólera, los males que nos causa la sola aproximación de la miseria, son útiles advertencias que deben inclinarnos á dirigir mejor nuestras naturales tendencias. Si permanecemos sordos á esta voz, incurrimos en la pena inherente al delito y nuestros males servirán de ejemplo á otros.

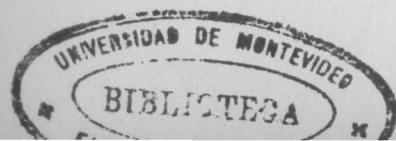
En las grandes epidemias son siempre las clases inferiores del pueblo las más castigadas, como consecuencia de su mala alimentación y de vivir amontonadas en habitaciones estrechas: ¿cómo podría la



naturaleza hablar más claramente para enseñarnos que violamos una de sus leyes, cuando aumentamos la población más allá de los límites que nos marcan nuestros medios de subsistencia? Ella ha proclamado esta ley precisamente como ha proclamado la que prohíbe el exceso en el comer, mostrándonos las desgracias á que nos exponemos al entregarnos sin reserva á nuestros impulsos. Si comer y beber son leyes de la naturaleza, es ley también que el exceso en esos sentidos nos perjudica; lo mismo sucede respecto de la población.

De manera, pues, que debemos dedicar especial interés al hecho de dirigir el principio de la población, por revestir capital importancia; y siendo la violencia ó fuerza moral el único medio legítimo de evitar los males que ese mismo principio entraña, nosotros estamos obligados á practicar esa virtud como estamos obligados á practicar otras cuya utilidad nos demuestra la observación.

Es necesario acostumbrarnos á este régimen de vida y pugnar por que las clases populares, que son las que más sufren, sean las que más acepten estos principios. El tiempo pasado oyendo los consejos de la prudencia será empleado en hacer ahorros, en adquirir hábitos de sobriedad, de trabajo y economía, y en pocos años el obrero se encontrará en condiciones de casarse sin temer las consecuencias. Esta acción constante del obstáculo preventivo, conteniendo á la población dentro de los límites del alimento y permitiéndole crecer á medida que crecen los medios de subsistencia, dará un valor real al aumento de los salarios y á las sumas ahorradas por el trabajador antes del matrimonio. Debe correr el



lapso de tiempo que media entre la edad de la pubertad y la época del matrimonio observándose las leyes de la castidad, puesto que estas leyes no son violadas sin que la sociedad sufra graves consecuencias. Desterradas la prostitución y cualquier otro comercio ilícito, no se corre el peligro de que la agrupación social tenga en su seno miembros inútiles que sólo viven á condición de que ella le preste su eficaz apoyo.

Resumiendo, diremos que en la sociedad que Malthus pinta, es preciso que los individuos de ambos sexos pasen en el celibato un número de años que varía según las circunstancias. Si prevalece la costumbre de casarse tarde y se considera como igualmente deshonroso para ambos sexos la violación de la castidad, podría formarse entre ellos, sin peligro de ninguna especie, sin que nazcan al momento proyectos matrimoniales ú otras intrigas, relaciones de amistad más íntimas que permitirían á ambas partes estudiar y analizar sus condiciones respectivas y formar uniones sólidas y duraderas. Los primeros años de la vida no serían extraños á un amor casto que, lejos de extinguirse por la saciedad, se sostendría con constancia y duraría toda la vida; el matrimonio no sería considerado como un medio de seguir con más libertad sus gustos por una mutua tolerancia, sino por el contrario, parecería la recompensa al trabajo y á la virtud, el precio de una adhesión constante y sincera.

Éste es el medio que Malthus propone para salvar á la sociedad del mal con que le amenaza el aumento excesivo de población; pero él mismo reconoce lo difícil de su aplicación, puesto que, aun-

que dice que la juventud está predispuesta á los sentimientos tiernos, y sometiéndola desde los primeros años á la influencia de esta fuerza que alimenta pasiones útiles no se puede dudar que se obtendrá lo que se busca, es él el primero en comprender que el obstáculo preventivo que propone es superior á la potencia moral media de la sociedad; — lo poco práctico del medio desde el punto de vista psicológico, lo expresa Malthus diciendo: «yo no creo que entre mis lectores haya muchos que tengan menos esperanzas que yo de ver á los hombres cambiar generalmente de conducta á este respecto.»

Crítica de la ley de Malthus

Bosquejada en sus fundamentos y sus tendencias la teoría de Malthus, tratemos de averiguar la verdad y la falsedad que encierra.

Su primer principio, que se refiere al aumento de la población, lo enunció en términos abstractos, de manera que pudo referirse á todos los seres que se reproducen, comprendiendo así al hombre como á los demás animales y á las plantas. Si los obstáculos desaparecieran, la tierra se poblaría enteramente de hombres, así como el suelo de trigo y el océano de peces, dice Baudrillart, y presenta algunas cifras para dar una idea de la potencia virtual de este acrecentamiento: Una mata de maíz da dos mil granos, un girasol cuatro mil, una adormidera treinta y dos mil, un olmo cien mil, una carpa suele poner trescientos cuarenta mil huevos; — se ha calculado que el beleño poblaría el globo con sus plantas en cuatro años, y dos arenques llenarían el mar en diez, aun cuando el océano cubriera la superficie de la tierra.

Concretándonos al hombre, nos encontramos con los datos de la Estadística, que han servido de base y servirán de comprobación á la primera proposi-

ción de la fórmula de Malthus. Estudiando separadamente los censos de diversos Estados de Norte-América, se encuentran los datos siguientes: la población de Nueva-York ha septuplicado en 50 años, y es nueve veces mayor de 1790 á 1850; la población de Ohío ha triplicado en 20 años, de 1820 á 1840, y cuadruplicado en 30 años, de 1820 á 1850; la Pensilvania ha cuadruplicado su población en 50 años. En los *Elementos de Estadística* de Moreau de Jonnes encontramos un cuadro del aumento de población en algunos estados de Europa que nos facilita estas noticias: la población ha duplicado en el ducado de Baden en 34 años; en Hungría en 38; en Bélgica en 42; en Toscana en 43; en los Estados Sardos en 44; en Irlanda en 50; en Grecia en 51; en Polonia en 52; en Austria en 52.

En presencia de todos estos datos tomados en diversas regiones, en que obraban con mayor ó menor energía los obstáculos preventivos y represivos, ¿cómo puede acusarse de exagerado á Malthus cuando ha tomado como tipo de aumento de la población, haciendo abstracción de las causas que pueden detenerla, el dato fiel y verdadero del aumento en una región en la que esos obstáculos no han sido eliminados?

Esos 25 años que el filántropo inglés marca como período suficiente para que la población duplique si se le abandona á su fuerza creciente, destruyendo todo lo que le sea contrario, no es sino el tiempo que ha tardado para verificarse en los Estados Unidos, aun cuando los efectos del crecimiento eran neutralizados por la fuerza de los obstáculos que obraban. Hagamos desaparecer todas esas causas

que previenen ó reprimen, y veremos cómo los 34 años en Baden y los 52 en Austria se reducen á la cifra de Malthus.

Haremos ahora algunas consideraciones sobre el problema de la población en nuestra República; consideraciones basadas en las cifras que nos suministra el Anuario Estadístico, y como una nueva demostración del primer principio de la ley de Malthus.

La República Oriental del Uruguay ha sido muy favorecida al respecto; la población ha crecido de una manera rápida, como lo prueban los datos que citaremos,—datos que á la verdad no son de una gran exactitud, puesto que nuestros gobiernos han descuidado la obligación de levantar censos generales. Si se llega á argumentar que en la República la influencia de la inmigración es la que trae cifras tan elevadas, contestaré desde luego que también puede probarse la proporción asombrosa en el aumento tomando las cifras de nacimientos que esos mismos anuarios estadísticos nos proporcionan.

Dos son los únicos censos oficiales que tenemos de la población de la República, y que pecan por incompletos: el primero ha sido levantado un año después de terminada la Guerra Grande en 1852, y el segundo en 1860, durante el gobierno de don Bernardo Berro. De aquí la necesidad de valerse de medios indirectos de comprobación, y de aprovechar los datos más ó menos verdaderos que nos facilitan otras ramas de la estadística para calcular la población total de nuestro país.

El cálculo más antiguo que debemos citar es el del señor Félix de Azara, que en 1796, en ocasión de

sus viajes por la América del Sud, asignaba á lo que entonces era la Banda Oriental 30.685 habitantes; en la época de la declaración de la Independencia, año 1829, la República contaba con 74.000 habitantes.

Vemos que en 30 años la población ha duplicado; pasa lo mismo 23 años más tarde, puesto que el primer censo general que fué practicado en 1852 nos da 131.969 habitantes, debiendo hacer notar que la población encontró el obstáculo represivo de la guerra impidiendo su aumento.

Ocho años más tarde, en 1860, se levanta el segundo censo oficial y nos encontramos con que sigue creciendo y llega á 229.480, para presentarse duplicada 13 años después, puesto que en 1873, según cálculo del señor Adolfo Vaillant, la República cuenta con 450.000 habitantes.

En 1877, cuatro años más tarde, la población ha disminuído, puesto que el señor Vaillant calcula 440.000; el hecho tiene fácil explicación: la situación económica había llegado á ser demasiado crítica; la fuerza creciente de nuestra población encontraba enérgica resistencia en la salida constante de habitantes que iban á otras regiones á buscar nuevos horizontes para su iniciativa, y por la pequeña cantidad de inmigrantes que llegaron en busca de trabajo.—Agravada la situación económica por el motín cuartelero de 1875, seguido por una dictadura, nuestro país pierde mucho en su población, que descende en 1879 á 438.245 (cálculo del señor Vaillant).

Pero, la población comprimida durante seis años estalla para seguir en rápido aumento, y tres años

después, en 1882, asciende á 505.207, según cálculo de la Dirección de Estadística; en 1883 llega á 520.536; en 1884 á 559.668; en 1885 á 582.858; en 1886 á 596.463; en 1887 á 614.257; en 1888 á 648.297; en 1889 á 683.943; en 1890 á 706.524; en 1891 á 708.163; en 1892 á 772.153, no obstante la crisis intensa que pesa sobre la República en estos últimos años.

Comparando este dato con la superficie de la República, nos encontramos con que la densidad de la población es aun pequeña; nos encontramos con que nuestros campos precisan grandes agrupaciones de individuos que hagan desaparecer la distancia que existe entre los diversos núcleos de habitantes. — En efecto, siendo 770.000, tomando en cifras redondas la población de 1892 según el Anuario, y 186.920 kilómetros cuadrados su superficie, resulta que para cada kilómetro cuadrado existe apenas 4 habitantes y una pequeña fracción.—No se necesitan mayores comentarios para demostrar la poca densidad de nuestra población.

Pero, para el caso de que se quisiera hacer cuestión con que la generalidad de los ejemplos que dejo citados en favor del aumento que denunció Malthus, corresponden á comarcas en que el crecimiento vegetativo ha sido eficazmente ayudado por corrientes inmigratorias, respondo desde ahora con el dato de que en el Congreso de Higiene de Octubre de 1887, el presidente de la Comisión central de estadística de Austria constató que la población de Europa había duplicado en los últimos 70 años.—Hágase abstracción de los obstáculos preventivos y represivos que en este lapso de tiempo han obrado

en la vida de agitación política de aquel continente, y dígame si el período de 25 años, de que Malthus parte, es un dato exagerado ó falso.—Y no se argumente tampoco con el ejemplo de la Francia, que podría servir, tomándola de primer intento, como negación de ese aumento, porque es allí donde aparte de los obstáculos represivos obra con grandísima intensidad el elemento preventivo; aparte de que los vicios y tendencias sociales, en las clases superiores, evitan á la mujer el cumplimiento de sus deberes de madre.—Las dimensiones de esta tesis no me permiten estudiar el problema, pero dejaré sentado que el fenómeno lo explica Baudrillart, en sus estudios sobre la población rural de Francia, como producto de la resolución de los padres de familia de restringir su prole; es ésta la causa de que la población de dicho país permanezca estacionaria.

Sin embargo, y á pesar de tantos ejemplos que lo comprueban, el primer principio de Malthus ha sido criticado por autores que han procedido con alguna ligereza desde que han cambiado el sentido de esta fórmula, pretendiendo que Malthus dijera algo muy contrario á lo que en realidad sienta.

Me permito creer que en este número de críticos se encuentra Cauwés, cuando negando la verdad de la fuerza virtual de reproducción, dice: « Malthus aplica su progresión geométrica á la raza humana sin distinción, como si el desarrollo de la población siguiese en todas partes y en todo momento una marcha igual.—Es también una ficción: basta abrir una estadística de la población para reconocer la ilusión de Malthus; aquí la renovación es rápida; allá, por el contrario, es muy lenta; en otras partes

la población decrece de una manera continua; hay períodos de fecundidad, períodos de esterilidad: esto á menudo en un mismo país.»

La crítica, como se ve, está basada en el hecho de suponerse que Malthus ha dicho que la población duplica siempre cada 25 años, olvidándose de que sienta también que ese fenómeno se verifica cuando la población no encuentra ningún obstáculo.

Pero, es más conveniente para destruir la crítica de Cauwés, citar los párrafos siguientes de Bastiat: «En vez de refutar á Malthus, sólo sus contradictores le han opuesto un *hecho*.—Le han respondido así: la prueba de que la potencia de reproducción no es indefinida en el hombre, es que en ciertos países, la población permanece estacionaria.—Si fuese verdad la ley de progresión, si se doblase la población cada 25 años, Francia, que tenía treinta millones de habitantes en 1820, debía tener hoy más de sesenta.

«¿Es lógico este modo de discurrir? —Empiezo por sentar que la población de Francia sólo ha tenido aumento de una quinta parte en 25 años, al mismo tiempo que la población se ha doblado en otras partes.—Busco la causa y la encuentro en la falta de espacio y de alimentos.—Veo que con las condiciones de cultivo, de población y de costumbres que tenemos hoy, es difícilísimo crecer con bastante rapidez substancias para que generaciones *virtuales* nazcan, ó que ya *nacidas*, subsistan.—Veo que los medios de existencia no pueden doblarse ó que al menos no se doblan en Francia cada 25 años; y precisamente el conjunto de esas fuerzas negativas es el que contiene la potencia fisiológica:

— ¡me oponéis la lentitud de la multiplicación para deducir que la potencia fisiológica no existe!

«Jamás Malthus ha sentado esta inepta premisa: los hombres se multiplican *de hecho* siguiendo una progresión geométrica.—Dijo, por el contrario, que el *hecho* no se manifiesta; busca los obstáculos que se le oponen, y sólo da esa progresión como fórmula de la potencia *orgánica* de la multiplicación.»

Para terminar este estudio de la primera proposición de Malthus, citaremos las reflexiones de dos autoridades:

J. B. Say ha hecho el siguiente razonamiento: Hecha abstracción de todas las causas que limitan el acrecentamiento de nuestra especie, nos encontramos que un hombre y una mujer, casándose en el momento mismo en que entran en la edad núbil, pueden tener doce hijos á lo menos.—La experiencia nos demuestra que la mitad de los seres humanos mueren antes de llegar á la edad de 26 años.—De ahí que si cada matrimonio no puede mantener y educar doce hijos, puede educar seis que sean capaces de reproducirse otro tanto como pudiera hacerlo la primera pareja; de lo cual se deduce que si no hay obstáculo alguno á esta multiplicación, la población de un país cualquiera se triplicará al cabo de 25 años.

Rossi acepta la progresión de Malthus, y agrega: la demostración es muy fácil. Cada vez que tengamos un ser, un producto cualquiera que se reproduzca con igual fuerza reproductiva que su progenitor, se sigue necesariamente una progresión geométrica más ó menos rápida. Si un producto da dos y los nuevos productos tienen igual fuerza reproduc-

tora que tenía la unidad primera, los dos producirán cuatro, cuatro producirán ocho, y así sucesivamente.

La segunda verdad que encontramos en la teoría de Malthus es la necesidad de la previsión; no la previsión impuesta por un estado tan desgraciado como el que el autor muestra, sino como un medio de aumentar el bienestar é impedir el infortunio de las clases populares.

Las palabras de Lamennais: « Hay sitio para todos en la tierra, todos caben en ella; Dios la ha hecho pródiga para que pueda satisfacer las necesidades de todos. El autor del Universo no ha querido hacer al hombre de peor condición que los animales. Todos tienen un puesto señalado en el banquete de la naturaleza: ¿y el hombre ha de ser excluído? Las plantas extienden una cerca de otra las raíces en el suelo que á todas nutre y alimenta, todas lo cruzan sin impedir unas que las otras se alimenten de aquel jugo, » son la encarnación de las ideas con que tantas veces se ha combatido á Malthus, fundándose en que existiendo ese paraíso, no hay por qué ocuparnos de las necesidades del mañana.

Estas palabras, consecuencia de las teorías de los políticos que, desde Colbert hasta Pitt y Napoleón, estaban convencidos de que la multiplicación de la población era señal de riqueza y poder, fueron combatidas por Malthus al combatir el sistema de recompensas é inmunidades que se estableció para estimular los nacimientos, y al hacerlo ha prestado un servicio notable á la humanidad entera.

La previsión se impone: es criminal procurar el nacimiento de hijos cuando se tiene la incertidumbre de poder armarlos convenientemente para la lucha

por la existencia. En presencia de jóvenes que desean contraer matrimonio á pesar de no tener medios suficientes para atender á las necesidades de la familia que se va á formar, debemos proclamar bien alto la privación de los goces del amor para sustituirlos por la prudencia y la circunspección.

La necesidad de promover obstáculos á la propagación de la especie cuando no se pueden satisfacer los compromisos que crean esos nuevos seres, es un principio nuevo, contrario á las antiguas ideas, que constituye y constituirá una gloria para el sabio inglés, á pesar de que los críticos apasionados lo han atacado basándose en los expedientes ridículos ó criminales que han propuesto algunos que se llamaban discípulos, sin haber podido ó querido comprender al maestro.

Por lo demás, las palabras de Lamennais son falsas; en la naturaleza no hay sitio para todos, los débiles están condenados á caer vencidos; no es cierto que una planta no quita la savia á otra y que todas extienden sus raíces por el suelo; sucumben las menos favorecidas porque no pueden competir con otras más fuertes y que se presentan en mejores condiciones orgánicas. En el reino animal pasa lo mismo: no todos pueden vivir; hay algunos que están llamados á la vida para apagarse bien pronto; hay una verdadera lucha por la existencia.

En presencia de estos hechos, ante la evidencia de que la fuerza de limitación aparece sin cesar, destruyendo al que no se presenta con ciertas condiciones de vida, debemos aceptar como necesaria esa fuerza moral de que nos habla Malthus é impedir el nacimiento de individuos que no podrán ser

alimentados ni educados y que servirán de víctimas, en las que se ensañarán esas causas de destrucción.

Analicemos ahora la segunda parte de la teoría de Malthus, y encontraremos lo falso, resultado de pocas observaciones y de un espíritu demasiado real que sólo se ocupa de lo que presenta su época y no ha podido comprender que el hombre estaba llamado á perfeccionarse y á obtener con su inteligencia y trabajo nuevas fuentes de producción con que suplir á la tierra cansada de conceder medios de subsistencia; resultado de no poder dar al consumo del alimento su verdadero alcance según las leyes de la química que él ignoraba, pues se establecieron después de su muerte; de restringir demasiado la órbita de acción de la iniciativa humana; de no considerar sino regiones que desde siglos estaban sujetas á continuas explotaciones, olvidando las tierras vírgenes, aparte de que tampoco tuvo en cuenta que las anteriores podían aumentar en su rendimiento mediante un descanso, para recuperar los elementos perdidos, y ayudadas por el cultivador que las mejorara por una justa rotación en los cultivos.

La primera crítica que podríamos hacer la encontramos en este párrafo de Peshine Smith: « La teoría de Malthus cuando trata de las relaciones que existen entre la población y los medios de subsistencia, está evidentemente fundada en una noción falsa: que el consumo de los alimentos por el hombre es su destrucción; que habiendo servido una vez para sostener la vida animal, su aptitud para este oficio haya desaparecido enteramente. No observar que, en el curso natural de las cosas, ellos vuelven á la tierra y á la atmósfera, para ser de nuevo trans-

formados en alimentos y recomenzar á sostener la vida animal, era condenarse al error de creer que el poder del suelo para producir alimentos pudiese ser considerado como una cantidad absoluta, incapaz de aumentar en proporción del poder de consumo de los que lo habitan.

Esta idea errónea, base de la segunda proposición de la fórmula de Malthus, que es la negación de la circulación de la materia, se explica teniendo presente que los descubrimientos de la química orgánica que dieron lugar á tal principio, son muy posteriores á la época de la publicación de su libro.

La circulación de la materia impide que el desequilibrio entre la población y los medios de subsistencia, de que habla Malthus, se verifique, desde que en virtud de ella los alimentos consumidos vuelven á formar nuevos alimentos. Este círculo se verifica como lo explica el profesor Norton, citado por Peshine Smith: Nosotros podemos seguir cualquiera sustancia en sus migraciones del suelo inanimado á la planta viviente, de la planta al animal sensible, y al fin del animal á la tierra. En todos estos cambios, su naturaleza permanece la misma, pero ella se presenta constantemente bajo nuevas formas. Hay una cadena continua de circulación del suelo al animal, pasando por la planta, y del animal al suelo. Observando con atención esta cadena y las diferentes transformaciones de la materia en su curso, podemos adquirir mayores conocimientos en todas las ramas de la agricultura. Descubriremos que *nada se pierde*: si quemamos un pedazo de leña desaparece; pero no ha hecho sino convertirse en ácido carbónico y agua que quedan en condiciones de

poder entrar en nuevas combinaciones. El animal ó la planta muere y desaparece durante algún tiempo; pero, por su descomposición, cada partícula ofrece un elemento para una nueva serie de cosas vivas.

Si el agotamiento, de que habla Malthus, tiene lugar como consecuencia del cultivo de la tierra, es evidentemente porque el hombre, rebelándose contra métodos que la misma naturaleza señala, en vez de aceptar los procedimientos por los que la fertilidad del suelo y el cambio continuo entre la vida animal y la vida vegetal se producía antes que él interviniera, ha echado mano de recursos para obstaculizar la ley natural. La naturaleza ofrece sin duda ejemplos de lo que se llama agotamiento especial, pero desde que diferentes plantas piden proporciones muy diversas de numerosas clases de sustancias inorgánicas que sacan del suelo, es racional que una rotación en los cultivos es el mejor remedio contra esa especie de esterilidad de la tierra; — plántese un vegetal distinto al anterior para que sólo consuma elementos en proporción y clase distintos á los que el primero prefería, y se obtendrá una nueva vegetación exuberante, mientras que en virtud de la circulación de la materia la tierra vuelve á hacerse rica de sustancias iguales á las que antes desaparecieron.

La tierra no presenta en ninguna parte un caso de agotamiento continuo y permanente, como el caso que suponen los economistas de la escuela de Malthus; — por el contrario, aparte de que bien atendida, mediante una organización científica de los cultivos, vuelve á recuperar sus fuerzas de pro-

ductora, tenemos, y eso no lo tuvo presente el sabio inglés, una parte del globo en que es imposible concebir que esa teoría exista; — si la Economía política hubiera nacido en las regiones tropicales, habría razón para creer que el temor de los filósofos hubiera sido de un carácter diametralmente opuesto, dice Peshine Smith. La vegetación rica y exuberante de la zona tórrida, en que como en la América del Sud y las Indias Occidentales un terreno de 100 metros cuadrados, según Humboldt, plantado de 30 ó 40 bananeros, produce más de 2000 kilogramos de sustancia alimenticia, y la cantidad de materia nutritiva obtenida de esa plantación, comparada con la producida por el mismo espacio sembrado de trigo está en la proporción de 133 á 1, nunca se detiene en su soberbio desarrollo; y es esa gran zona tórrida la que puede servir de prueba de la existencia de grandes comarcas vírgenes que ofrecen sus dones por sí solas, sin que la mano del hombre haya ayudado á la naturaleza.

Es inútil, según opinión de Peshine Smith, buscar un caso en que la tierra haya rehusado marchar paralelamente con las necesidades de la vida animal por rápido que haya sido el modo de aumentar, con tal que se haya permitido á sus dones volver á su seno para fecundarlo de nuevo, siguiendo la ley de la naturaleza. Por otra parte, hay terrenos estériles á los que el hombre ha comunicado la fertilidad, virtud progresiva que se aumenta sin cesar con la agregación de los consumidores de alimentos, los cuales son también en el mismo grado y al mismo tiempo verdaderos productores de alimentos. Dignas de citarse son las palabras de Thiers: El espacio nada

implica. Sucede con frecuencia que en una vasta extensión de terreno los hombres viven muy penosamente, y por el contrario en otros puntos en una pequeña extensión de tierra viven en la abundancia.

El hombre lleva en sí el germen de la fertilidad; allí donde él aparece crece la yerba y el grano germina. Si, pues, nos figuramos el día en que estarán habitadas todas las porciones del globo terráqueo, el hombre obtendrá indudablemente de la misma superficie diez veces, cien veces, mil veces más producto que el que actualmente reporta. ¿Por qué hemos de desesperar cuando se le ve crear,—y ésta es la palabra que más propiamente puede emplearse,—cuando se ve que ha formado á fuerza de trabajo una capa de tierra vegetal en las playas de Holanda, y si llegara á faltarle espacio, quizás cultivaría el desierto de Sahara, la Arabia, y los fecundaría como lo ha hecho por todas partes donde ha trabajado con ahinco? Las vertientes del Atlas, del Himalaya, las inmensas cordilleras ofrecen superficie bastante para un terreno fértil, y el cultivo puede extenderse hasta las más elevadas cimas de las montañas de nuestro globo y sólo se detiene en aquellas alturas en que cesa toda vegetación.

Otra de las causas del error de la teoría de Malthus la encontramos en que el espíritu de dicho autor, tal vez demasiado positivo, no pudo forjarse los acontecimientos del porvenir: las máquinas supliendo los esfuerzos musculares en el acto de la producción, la aplicación de las leyes físicas y químicas á las diversas industrias, la electricidad y el vapor sirviendo de motores, el telégrafo y el teléfono pres-tándose como intermediarios; en una palabra, todos

los inventos del siglo XIX convulsionando la sociedad y cambiando el antiguo régimen productor, no fueron soñados por el filántropo inglés.

El trabajo muscular sustituido por los agentes mecánicos, haciendo más rápida y más notable en cantidad y calidad á la producción y abaratando el producto, las vías de comunicación facilitando el transporte del alimento á nuevos mercados de consumo y dando lugar á nuevas riquezas en el cambio de los artículos, otras tareas exigiendo el concurso de obreros que antes no tenían ocupación, los salarios creciendo á medida que la demanda aumenta y la oferta no la satisface, métodos de cultivo distintos de los antiguos que hacen más remuneratorio el trabajo en relación con el resultado, todo esto tal vez no lo soñó Malthus, y por lo tanto olvidó lo que sería una negación de su teoría respecto de los alimentos. Nuestro siglo, al mismo tiempo que aumenta en obras asombrosas, en máquinas, vías férreas, usinas, es el que presenta la suerte de los trabajadores más rápida y sensiblemente mejorada respecto á la libertad que tiene el hombre de emplear su fuerza individual, del lugar que en la sociedad ocupa el obrero y de su retribución; la pobreza que reina en algunas comarcas en las capas inferiores del pueblo, no es producto del aumento de la población, sino que reconoce, como causas principales, circunstancias de variada índole que fluyen de la necesidad de mantener un orden social determinado que responde á exigencias internacionales y la mala voluntad del elemento dirigente ó de las clases superiores.

Sin el crecimiento de la población de nuestra

época, sin el crecimiento de riqueza que es su consecuencia, ningún progreso sería posible: es ese crecimiento que permitirá disputar el suelo al mismo mar; llevar á cabo inmensos trabajos de drenaje en las comarcas pantanosas, de irrigación allí donde la esterilidad del suelo impide la producción. Los asombrosos resultados de la aplicación de los riegos, convirtiendo terrenos inadecuados para el cultivo en verdadera fuente de vegetación rica, del drenaje mudando charcas y pantanos en tierra fértil, de la constancia del hombre en robar lentamente al mar grandes zonas del suelo, son hechos que Malthus no presintió.

Por último, además de que Malthus sólo cita á la tierra, despreciando ú olvidando á las industrias en general, al hablar de fuentes de riqueza, el autor del *Ensayo* no consideró que ese mismo exceso de población sería una fuerza poderosísima que aumentaría la producción, no se fijó en que las industrias en gran escala necesitan grandes mercados de consumo, no se dió cuenta de que los talleres, las máquinas, las vías de comunicación, las fábricas no existen sin que exista de antemano una gran población.

Teniendo en cuenta casi exclusivamente á la tierra, Malthus no reconoció la riqueza que encierra el subsuelo y la que las demás industrias producen, — riquezas que día á día van aumentando á medida que crece el perfeccionamiento en los métodos de explotación; — tampoco tuvo en cuenta que esos productos en cantidades colosales sólo aparecen á condición de existir un núcleo considerable de obreros que los produzcan y un núcleo considerable de hombres que los consuman, y por último olvidó también que

toda industria nunca permanece estacionaria, sino que está sujeta á una ley de progreso que la hace día á día más proficua y más remuneratoria; los grandes inventos aplicados á la producción, que enorgullecen á este siglo, no los presintió; tampoco imaginó los que el porvenir reserva.

Nuevas sustancias alimenticias podrán ser descubiertas, ó se encontrará el medio de obtener de la misma extensión de tierra una cantidad de productos que podrá bastar para una población doble ó triple; la producción de la riqueza será más activa y su distribución más fácil y equitativa á medida que, por efecto de una civilización creciente, desaparezcan los obstáculos que hoy le oponen leyes imperfectas y costumbres perniciosas; — en presencia de los progresos ya obtenidos, no es posible desesperar de los que quedan por hacer.

Para concluir esta crítica citaremos las palabras de Passy: « Es en los progresos de la inteligencia humana que se encuentra el remedio de los inconvenientes inherentes á la acumulación de las poblaciones. Estos progresos determinan aplicaciones del trabajo más fecundas y los frutos que producen se multiplican suficientemente para que, á pesar de su crecimiento en número, los hombres obtengan cantidades cada vez mayores. »

Vamos á demostrar ahora que, dado el estado especial de nuestro siglo, ese aumento creciente de población que tanto atemorizaba á Malthus es una necesidad para la producción, haciendo ver cómo en nuestra República la población aumentando coincide con la riqueza creciendo, — y para eso tomaremos en especial el valor oficial de nuestro comer-

40926

8 JUL. 2015

cio exterior, los datos de la importación y exportación.

Empezaremos, para no irnos á épocas muy lejanas, en el año 1862, y nos encontramos con que el total de nuestro comercio exterior asciende á \$ 16.956.244; 5 años más tarde nos da la cifra de 29.735.713 \$; sigue creciendo en los años siguientes, para llegar en 1873 á 37.377.218 \$; en los años que vienen después las cifras disminuyen notablemente, lo mismo que la población; la mala situación económica y la pésima situación política de esos tiempos traen como resultado 5 millones de diferencia entre 1873 y 1874, y hacen descender á 25.125.018 el total en 1875. En seguida, aunque de una manera algo lenta, empiezan á crecer las cantidades hasta llegar en 1880 á 39.231.069; en los otros años la situación va despejándose, la población aumenta y la riqueza sube rápidamente: efectivamente, nos encontramos, usando números aproximados, con las siguientes cifras: en 1881 con 38 millones; 1882 con 40; 1883 con 45; 1884 con 49; 1885 con 50; baja en seguida en 1886, que sólo son 44, y en 1887 con 43, debido á que en ocasión del cólera el Brasil cerró sus puertos, perdiendo una de las más importantes industrias de la República un gran mercado de consumo; pero desaparecida esa causa las cifras se elevan en 1888 á 57, para llegar á ser cerca de 63 millones en 1889; la intensa crisis de nuestro país hace descender la cifra en 1890 á 61.450.146; en 1891 á 45.976.690, y en 1892 á 44.356.115 \$.

La población en el siglo XIX

Después de haber expuesto la teoría de Malthus, poniendo de manifiesto la verdad que encierra y los errores que contiene; productos estos últimos del relativamente pequeño caudal científico de la época en que el sabio inglés escribió; después de poner de relieve lo que la ley de la población implica y los medios preventivos y represivos que obran para evitar sus consecuencias, demostrando al mismo tiempo que los expedientes ridículos ó criminales que algunos titulados discípulos del autor del *Ensayo* propusieron para detener el aumento de los hombres, nunca los sostuvo Malthus, y en su libro para nada aparecen, pues al aconsejar la *moral restraint* lo hacía dentro de los límites que al sentimiento más altruista marcan la religión y las leyes naturales, compatibles con las exigencias del fenómeno, voy á dedicarme á analizar el problema de la población en este siglo.

Como se comprende, el problema, que, según Leroy Beaulieu, en su libro *Essai sur la répartition des richesses*, algunos economistas han considerado como una de las partes integrantes y principales de su ciencia, aunque si bien se relaciona con todas las

partes de la ciencia, pues ejerce su influencia á veces decisiva, no solamente sobre la repartición de las riquezas, pero también sobre su producción, su circulación y su consumo, el fenómeno de la población no constituye, hablando con propiedad, una parte distinta de la Economía política, se presenta más arduo en el siglo XIX, porque son variados los aspectos que la cuestión puede ofrecer por ser múltiples los elementos y las influencias que hoy aparecen y obran; elementos é influencias que Malthus no estudió en gran parte, ya porque algunos no se hacían sentir, ya porque en su época no merecían la atención del hombre de ciencia, mientras que en el presente el desarrollo de los principios económicos los impone como necesarios para un estudio completo.

Ante la trascendencia de tal análisis, me siento con temor al emprenderlo, convencido como estoy de que su dificultad y la carencia de datos me impiden un estudio exacto, máxime cuando debo hacerlo para una tesis, que bien se sabe se escribe no sobrando tiempo y faltando bagaje científico, pero me atreveré, porque cuento con el concurso que me presta el libro de Van der Smissen *La population*, recientemente aparecido, coronado por la Academia de ciencias morales y políticas, en el que se han tomado en consideración las más esenciales influencias que obran sobre la población en nuestra época. De manera que lo que sigue no es sino un extracto del libro en esta parte, extracto sin mérito, porque tal vez ni aun alcanzaré á expresar en un claro resumen las ideas del autor.

Van der Smissen divide las influencias que de-

ben estudiarse en nuestro siglo en tres categorías: influencias económicas, influencias sociales é influencias legislativas.

INFLUENCIAS ECONÓMICAS. — *Emigración y colonización*. — Esta influencia tiene importancia y merece estudio cuando se trata con relación á las naciones europeas, es decir, en las naciones de población densa, en aquellas en que siendo considerable el número de habitantes frente á la extensión del terreno, se siente la necesidad de abrir nuevos caminos para la población nacional.

Es evidente que las argumentaciones que paso á exponer no tienen aplicación en países que precisan el movimiento de inmigración y colonización bien dirigido y que por muchísimo tiempo no se sentirán preocupados por el aumento creciente de sus habitantes, desde que por muchos años su terreno, casi desierto en varias regiones, permitirá el desarrollo continuo. La República Oriental no está amenazada por el aumento creciente de su población, y por lo tanto no hay para qué dedicarse á buscar salida á grandes masas de hombres, desde que si bien tiene en el departamento de Montevideo, tomando los datos en Diciembre de 1889, una población de 222.000 habitantes, siendo su superficie de 664 kilómetros cuadrados, de modo que para cada kilómetro cuadrado existen 334 habitantes, cifra que lo coloca en primera línea entre las regiones más pobladas, presenta en cambio y en segundo término á Canelones con 72,000 habitantes y una superficie de 4.751 kilómetros cuadrados, es decir, una población de 15 habitantes por kilómetro, y llega descendiendo hasta

Artigas, último escalón de la serie, con 17,000 habitantes y 11.379 kilómetros de superficie, es decir, que no llega á tener un habitante y medio por kilómetro; — si todos los departamentos tuvieran una población específica igual á la de Canelones, la población de la República se elevaría á 2.803,800 habitantes; y tendríamos la soberbia cantidad de 62.431,280 si la República tuviese en todas sus regiones agrupaciones tan compactas como en Montevideo.

Si es una condición necesaria para la prosperidad de las naciones mantener el equilibrio entre el número de habitantes y los medios de subsistencia, claro está que en las regiones en que exista el exceso de aglomeración de hombres se corre el grave riesgo de una calamidad pública que puede salvarse aplicando, además de otros remedios, la organización metódica de la emigración. La parte importante para nuestra tesis es saber qué consecuencias trae esa salida de hombres en cuanto al movimiento de la población del país del que se emigra.

Leroy Beaulieu expone el pro y el contra de la influencia de la emigración: Unos temen que la emigración destruya el equilibrio allí donde el equilibrio existe. Otros cuentan con ella para restablecerlo donde el equilibrio ha sido destruído. Estas dos opiniones no son completamente opuestas, pueden conciliarse, se resumen una y otra en este pensamiento: que la emigración tiene una influencia profunda y decisiva sobre el movimiento de la población, que ella puede obrar como regulador y que, autorizándola, favoreciéndola ó prohibiéndola justamente, se puede mantener en las viejas comarcas,

entre el capital y la población, la proporción que se considera como más favorable á los progresos de la sociedad. Este pensamiento, no hesitamos al decirlo, es muy exagerado: la emigración no tiene la influencia que se le presta; su acción está lejos de ser tan profunda y tan radical; no influye sino de una manera pasajera y muy superficial sobre el movimiento de la población; no puede ni reglarla ni restringirla de una manera permanente, á menos que no esté acompañada ó seguida de modificaciones considerables en el régimen económico ó en el estado moral de las sociedades en que ella tiene lugar.

Es equivocado, pues, como lo dice Leroy Beaulieu, sentar como absoluta que la emigración es un remedio para el exceso de población; — en los países en que se practica de una manera constante, la emigración es, al contrario, un estimulante á la procreación. « El principio de la población, dice Garnier, parece recibir una deplorable excitación. » Por la emigración y la colonización, que son las fuerzas expansivas de los pueblos, éstos se multiplican y se dilatan; el número de individuos crece siguiendo el aumento de los recursos nuevos y de los productos de las fuentes de riquezas hasta entonces no explotadas en esas tierras nuevas, de manera que á medida que la emigración se hace en mayor escala, sube la cifra de la población; de modo que en vez de regulador, la emigración sólo sirve de estimulante.

Roscher estudia esta consecuencia de la emigración y llega á atribuirle á un error de óptica social; se imagina la sociedad que esos miles de emigrantes ó colonos se encuentran en una situación más

satisfactoria que antes y también que los individuos que han quedado en sus hogares se van á encontrar igualmente en condiciones mejores: esta simple esperanza basta para que se celebren muchos matrimonios y producir un gran número de nacimientos.

No es una ilusión la causa de tan importante resultado; la causa es más real: es el crecimiento de todas las fuerzas vivas de la nación. Las relaciones comerciales que unen necesariamente á los colonos con el país de origen, aumentan la riqueza pública; los productos se cambian por productos; el trabajo se hace más remuneratorio; hay demanda de brazos en el mercado de todas las labores;—y naturalmente la natalidad crece. Las familias se hacen más prolíficas; desaparece el temor respecto del porvenir del hijo, que puede detener al padre en su obra de procreación; pues teniendo nuevos centros de población donde la igualdad de raza, de idioma y de costumbres permitirá al vástago defenderse perfectamente en la lucha por la existencia, el mañana no es tan oscuro; la falsa concepción de la riqueza pública y privada, que conduce á algunos padres á limitar su prole, se destruye ante los brillantes resultados del cambio de residencia de esas masas humanas.

Leroy Beaulieu publica el cuadro siguiente, que demuestra que países en que la población es crecida, son por excelencia países de emigración y ocupan un puesto entre los más ricos:

Emigración europea de 1872 á 1881

	Número de emigrantes	Relaciones con la población por cada 100 habitantes
Alemania	2.411.000	5.5
Islas Británicas . .	1.729.000	5.2
Italia	1.140.000	4.0
Francia	71.000	0.2

Estos datos no son sino aproximados, como lo dice Leroy Beaulieu, pues no se ha podido tener en cuenta la emigración francesa en Argelia, que de 1832 á 1882 se ha elevado á varios centenares de miles de individuos.

Algunos autores han creído que la emigración puede llegar á ser excesiva y se alarman ante los peligros que entraña, y han argumentado con España, sin notar que la mayor parte de los emigrantes de este país han pertenecido á las provincias que todavía hoy son las más pobladas, las más industriales, las más florecientes de la monarquía. Podría citar en contra varios casos, pero me limitaré á un ejemplo de aumento de población: hay una isla en Escocia (isla de Skye), dice J. B. Say, que contaba en 1755 con un poco más de 11.000 habitantes, en los años siguientes perdió 8,000 que fueron á establecerse en los Estados Unidos especialmente; se podría creer que después de esta emigración sólo quedarían 3,000 habitantes: por el contrario se encontró con 14.000.

La reciprocidad entre la emigración, elemento

que la escuela de Malthus toma como argumento para su tesis, y el crecimiento de la población se puede formular así: Las comarcas de población densa son llevadas naturalmente á practicar la emigración. La costumbre de la emigración constituye por sus consecuencias económicas, un estímulo al crecimiento de la población.

Concluiremos con este párrafo de Van der Smisen: La emigración es válvula de seguridad; es una sangría saludable que restablece la circulación de la sangre de la nación, pero que no modifica el temperamento del sangrado.

Agricultura.— La tierra, que es gran fuente de riquezas, tiene que producir con su progreso una influencia notable en el movimiento de la población; y desde que Malthus tan en cuenta la tenía en sus estudios, encontramos en su libro muchas páginas en que se dedica á estudiar dicha influencia. El problema es interesante por sus consecuencias, de aquí que se impone estudiar los remedios que son posibles para resguardar á la riqueza nacional de tan grave amenaza.

Se pueden distinguir dos fases en el progreso agrícola: en una, multiplicando el esfuerzo manual, se llega á obtener un rendimiento superior, y es el período durante el cual la población rural crece; en la otra se obtiene un rendimiento igual ó mayor con una mano de obra inferior y se produce una disminución en la población rural, pero un aumento en la población total del país.

Es á esta segunda faz á la que han llegado hoy la mayoría de los países viejos, pues en todos ellos

se señala la despoblación de las comarcas rurales; ese progreso real del cultivo, que permite obtener un rendimiento mayor con un número menor de trabajadores, trae por consecuencia un cambio de residencia de una gran masa de población que afluye á las ciudades: de aquí que la población total no disminuye.

Que la población rural con respecto á la población total está en razón inversa del progreso de la agricultura en esos mismos países, es un hecho desde tiempo observado. En 1857, decía Wolowski en la Academia de Ciencias morales y políticas: La relación entre las poblaciones de las ciudades y de las campiñas se altera cada día; á medida que el cultivo de las tierras mejora, ella puede alimentar un mayor número de hombres dedicados á otras ocupaciones: es así que los centros de población van aumentando. El hecho capital que resulta del último cuadro quinquenal (1852-1856), no es la disminución, sino el cambio de residencia de la población. La disminución se manifiesta en los departamentos agrícolas, y el aumento en los grandes centros de fábricas y manufacturas.

Este fenómeno es incontestable, pero es justo hacer presente que el progreso agrícola no es sino una de las causas que producen la corriente de población del campo á las ciudades, pues al mismo tiempo hay que tener en cuenta el poco rendimiento agrícola, que hace preferir los trabajos industriales al trabajo de los campos:— las empresas de la industria que piden capitales ávidos de intereses fuertes, y trabajadores que buscan altos salarios atrae la población rural. Y es necesario citar esta causa porque

es la que más se ha hecho sentir en este siglo, sobre todo en Europa; la crisis agrícola intensa que tanto perjudicó á parte del viejo continente, ha sido una de las grandes causas de la despoblación de las campiñas.

De modo que las dos causas han obrado, en unión con otras, y aunque parece una contradicción pueden obrar de acuerdo: el progreso agrícola en tanto que permite reducir la mano de obra, produce el cambio de residencia de los obreros agrícolas, mientras que la prosperidad agrícola, es decir, el crecimiento de los provechos rurales, produce la permanencia de los capitalistas como la de los trabajadores; y digo que hay aparente contradicción, porque nos encontramos con que si la agricultura progresa, la población disminuye en dicha comarca; mientras que, por otra parte, si la agricultura produce, la población aumenta; pero es bien entendido que el primer progreso se refiere al mejoramiento del cultivo evitando trabajo manual, en tanto que el segundo se relaciona con el aumento en el rendimiento de la tierra y con el aumento del salario del obrero.

Establecido el hecho del cambio de residencia de la población rural que se dirige á las ciudades, es fácil comprender la influencia que esa corriente de hombres de las campiñas á los centros manufactureros y fabriles ejerce en el movimiento total de la población, aunque el número no se altere por esa emigración. Ya lo constataba en 1857 Lavergne: « Todas las cifras de la estadística comparadas por Legoyt en el *Journal des Économistes* se unen para demostrar que las poblaciones urbanas son más fá-

cilmente arrastradas por influencias perjudiciales que las rurales: la vida media es más corta, la proporción de los matrimonios menor, el número de nacimientos menos elevado, la relación de los hijos naturales con los legítimos más considerable, y la cifra de los nacidos muertos más fuerte en las ciudades que en el campo.

Por otra parte, esa deserción de los habitantes de las campiñas obra sobre el movimiento general de la población, contribuyendo á formar en el seno de las ciudades esas aglomeraciones enormes, desproporcionadas, que encierran legiones de miserables, víctimas de todas las enfermedades del cuerpo y del espíritu y que constituyen á la vez una amenaza permanente para el orden y una pesada carga para el Estado y los contribuyentes; desgraciados que procrean hijos que no viven, ó que si viven se convierten en gravamen para la sociedad.

Industrias. — La prosperidad creciente, caracterizada por el aumento y la baratura de los productos, trae siempre una aceleración en el movimiento de la población; cuando el progreso económico está en vía de realización, la población sube; si el movimiento de las riquezas se detiene, la población crece menos rápidamente, y durante la crisis queda estacionaria y aún decrece; — este fenómeno no es inmediato, pero no deja de ser sensible.

Es en esta cuestión en que Malthus más se equivocó: no quiso admitir que el crecimiento de la población contribuye al desarrollo económico y es á veces su condición indispensable, olvidando la acción recíproca de la prosperidad general sobre la

población, y de la población sobre la riqueza. Decía Malthus: « Los políticos habiendo observado que los estados poderosos y que prosperan son casi siempre muy poblados, han tomado el efecto por la causa, y se han persuadido de que la población era en esos estados el fundamento de la prosperidad, mientras que es la prosperidad la que produce la población. » Sin duda el crecimiento de las fuerzas económicas debe aumentar la demanda de trabajo, pero un crecimiento sensible de la producción no tiene lugar sino gracias á un aumento anterior en la cifra de los individuos. La riqueza crece en la misma progresión que la población, y no se argumente con los períodos de detención y atraso en ese desenvolvimiento, porque influyen causas extra-económicas y aun causas económicas.

La explicación de cómo el aumento de prosperidad resulta del crecimiento de la población, la encontramos en estas palabras de Bastiat: Una generación más numerosa es una separación mejor y más profunda de ocupaciones; es un nuevo grado de superioridad dado á las facultades sobre las necesidades.

A medida que el grupo humano crece, el trabajo se hace más fácil. La división del trabajo es un hecho natural; ella es practicada en la sociedad menos complicada, la del hombre y la mujer,— en la familia como en las sociedades más desarrolladas. El hombre que trabaja produce más de lo que consume,— es una verdad difícil de negar, pues en toda sociedad existe una multitud de no. valores para la producción. Pues, el excedente de la producción sobre el consumo, el capital, la riqueza general, aumenta con la población, y en los casos normales

los dos fenómenos están tan íntimamente ligados, que no se puede, á primera vista, distinguir cuál es causa del otro.

Las consecuencias del desarrollo de la industria respecto de la población son fáciles de conocer. Este desarrollo permite las grandes aglomeraciones de hombres, que esa industria emplea y á quien ofrece sus productos: ese mismo desenvolvimiento industrial contribuye á acrecer la demanda de productos agrícolas, que las otras industrias no producen, y por tanto influye sobre la prosperidad y aumento de la población rural.

Se llega entonces á estudiar el rol de las máquinas en la producción y en la retribución al obrero; rol importantísimo, pues aumentando la productividad del trabajo, multiplicando los resultados, disminuyendo los precios, abasteciendo el mercado, producen un movimiento intenso de cambios que impulsa el movimiento de la población.

El papel de las máquinas respecto al precio del producto, lo mismo que la cuestión del salario, son cuestiones que dan lugar á las más interesantes y reñidas discusiones, pero las dimensiones de este trabajo no me permiten tratarlas, pues cada una de ellas exige una larguísima disertación, que es, por otra parte, superior á mis fuerzas y al tiempo de que dispongo: es el gran problema social que no puedo ni debo tratar á la ligera y que paso por alto porque su misma trascendencia y sus grandes dificultades son los mejores justificativos de mi conducta al esquivar su estudio. Me limitaré puramente á formular las dos doctrinas opuestas, reproduciendo las palabras de Sismondi: « Las manufacturas per-

feccionadas no han disminuído jamás el precio de sus productos sino en una proporción aritmética, mientras que han suspendido la mano de obra en una progresión geométrica,» y la brillante refutación de Levasseur en su *Histoire des classes ouvrières depuis 1789*: « Un industrial que emplea en su manufactura un capital de 300.000 francos, de los cuales un tercio en materias primas y dos tercios en salarios, y que se encuentra con una máquina que reduce á la mitad la mano de obra, no deja improductivos los 100.000 francos que tiene de excedente; emplea una parte en armar su máquina y coloca otra en manos de un banquero que invierte ese dinero en préstamos á la industria, ó aún mejor, desde que tiene la esperanza de hallar otras salidas para sus productos, volverá esta última parte á su destino primitivo y aumentará su manufactura. »

En una palabra, creo que el último resultado del empleo de las máquinas es un notable aumento en la demanda de trabajo, pues al lado de la industria que se considera, hay otras industrias que crecen con ella; al lado de la industria textil, por ejemplo, está la industria mecánica que construye la máquina después que la industria metalúrgica ha preparado la materia prima, y la industria minera que suministra el combustible á todas las usinas y que utiliza ella misma las máquinas.

INFLUENCIAS SOCIALES. — Es digna de atención la acción de la fortuna de los particulares sobre la época y el número de los matrimonios en cada clase social y sobre la fecundidad de cada uno de ellos.

La diferencia en la fecundidad de los matrimonios, según el grado de bienestar de las clases en cuyo seno se celebran, es incontestable; puede sentarse como regla general que el bienestar trae la disminución de fecundidad; Montesquieu ya observó el fenómeno y lo explicaba así: Las personas que nada tienen, como los mendigos, tienen muchos hijos. Es que se encuentran en el caso de los pueblos nuevos: nada cuesta al padre dar su arte á sus hijos, que al mismo tiempo son instrumentos de su arte.

No es este fenómeno resultado de que la miseria obre fisiológicamente como una causa de crecimiento de fecundidad, sino es producto de que la imprevisión de los padres que permiten ese aumento de hijos no se fija en las consecuencias que trae y en los compromisos que crea; no es este fenómeno la resultante de mayor fuerza procreadora en las clases inferiores que en las superiores de la sociedad, sino es producto de que, como lo marcaba Taine, el pobre no tiene otro placer á mano y no quiere privarse del único que tiene.

Parecería que lo contrario fuera lo natural, es decir, que la facilidad para poder satisfacer las necesidades de los hijos favoreciera su multiplicación; pero como prueba de que en la realidad de los hechos el resultado es generalmente el inverso, vemos que en las grandes ciudades es donde el número de hijos en las familias es menor; á pesar de que en ellas se encuentran casi siempre los matrimonios de fortuna más considerable, vemos que la misma proporción entre riqueza y prole presentan las ciudades pequeñas, hasta llegar á las poblaciones rurales,

donde generalmente el número de hijos es mayor que en los grandes centros, no obstante existir en ellas las familias menos acomodadas y aún las más pobres.

Es esto resultado de que siguiendo ese mismo orden se presta atención á las exigencias del porvenir, al deseo de conservar el mismo rango en la sociedad y dar á los hijos una educación esmerada que demanda grandes desembolsos; es eso producto de que el rico, sacrificando mucho al lujo y á la ostentación, no comprende la vida conyugal sin una renta asegurada y de antemano preparada, y que la misma sociedad le exige, mientras que el pobre, fiado en su buena salud y en su buena voluntad para el trabajo, sólo busca una compañera que le ayude á conseguir riquezas al mismo tiempo que cumpla su misión de procrear. En las clases superiores la previsión obliga á que el hombre, antes de formar una nueva familia, calcule, ó á que sus padres calculen por él: se impone previamente conseguir un capital ó asegurar una renta que ponga la asociación conyugal al abrigo de toda eventualidad; mientras en las clases inferiores no interviene en la mayoría de los casos esa previsión y el matrimonio se contrae generalmente en una edad más temprana sin prepararse para hacer frente á las dificultades que pueden surgir, y una vez celebrado se dedican á la procreación sin considerar consecuencia alguna.

Las costumbres y las exigencias de una sociedad frívola, que llega á considerar el matrimonio como un medio para que la mujer pueda obrar con mayor libertad en sus deseos de fiestas y diversiones,

y que traen como resultados matar el gusto por la vida tranquila del hogar y convertir en pesadas cargas los deberes que los padres tienen respecto de sus hijos, es una causa que también influye para la disminución de la prole en las familias superiores, en virtud de una especie de esterilidad que podemos denominar voluntaria.

Agréguese á esto el poco desarrollo físico, agravado por las exigencias de la moda, que impone una verdadera deformación en el talle de la mujer en las clases acomodadas, agravado por el trabajo de las fábricas con sus condiciones antihigiénicas y su atmósfera viciada y viciosa, en las obreras, que trae como consecuencia que esos seres llegan á ser impropios para las funciones de la maternidad, y se comprenderá que una reforma en la educación física y una reglamentación del trabajo de las mujeres se impone, y se explicarán las palabras del doctor Rochard, citado por Van der Smissen, que decía que los médicos estaban asombrados ante el número creciente de matrimonios jóvenes que desean ardientemente hijos y que no pueden tenerlos, y que indicaba también como causa la manera como son educadas física y moralmente las mujeres.

Un sistema de alimentación especial, ayudado por la higiene doméstica, también ejerce su influencia en el desarrollo de la familia, en su número y en sus condiciones de bienestar físico. Una alimentación excesiva, lo mismo que las bebidas alcohólicas ú otras sustancias, puede excitar los sentidos, pero en la procreación se ganará, digamos así, en número, mas se perderá en calidad. La poca limpieza en las personas y en las habitaciones en las clases bajas

del pueblo que viven en los últimos barrios de las ciudades, allí donde la salubridad es menor, es un gran obstáculo al desarrollo de la población, y que necesariamente debe llamar la atención de los particulares y de los gobiernos.

De paso también citaré la célebre cuestión de la influencia del desarrollo intelectual del individuo sobre su fecundidad, influencia que disminuye ésta y de la que se citan ejemplos clásicos; se ha deducido de éstos que la civilización, que eleva el nivel intelectual de la población, disminuye su facultad prolfica. Le Bon dice que este hecho se podría explicar admitiendo que una superioridad en un sentido no se obtiene sino al precio de una inferioridad, y por consecuencia de una degeneración en los otros sentidos, este desequilibrio exagerándose en los descendientes, trae fatalmente su desaparición. Spencer también analiza el fenómeno y ha constatado que allí donde la civilización sube, la natalidad baja.

La raza ejerce también una influencia considerable; creo innecesario comprobar la diversa fecundidad de cada una de ellas, pero no debe olvidarse que la potencia procreadora de esas diversas razas sufre á la vez la acción constante de todos los elementos que vamos citando; de aquí que es muy común encontrarnos con que una de ellas, en distintos teatros de acción, dé resultados completamente diversos.

La religión, imponiendo creencias más ó menos racionales que guarden mayor ó menor relación con el instinto de conservación é influyan sobre los deberes que hay que cumplir con respecto de los demás hombres, y dando origen á instituciones so-

ciales que permitan ó prohiban el matrimonio de los sacerdotes, que acepten ó rechacen el divorcio, es un factor importantísimo en el problema de la población.

La guerra figura en esta cuestión ocupando uno de los primeros puestos entre los elementos de trascendencia. Aparte de la pérdida efectiva en hombres que caen en la lucha ó mueren víctimas de las enfermedades que se desarrollan en virtud de la gran aglomeración; es decir, aparte de la disminución real y positiva de habitantes y que generalmente son los mejores dotados en salud y juventud, tenemos la miseria y demás calamidades causando fuertes estragos en los países beligerantes y en las comarcas invadidas; tenemos una separación de los maridos que van al ejército y sus esposas que quedan en el hogar, interrumpiéndose la obra de procreación; tenemos que, paralizada la producción, tanto en la agricultura como en las demás industrias, por el abandono forzoso que hacen de sus ocupaciones los más robustos, é invertidas grandes riquezas en las operaciones de ataque y defensa, se presenta con caracteres terribles una pobreza casi general que obliga á transferir para mejores épocas una infinidad de matrimonios á celebrarse y que evita un grandísimo número de nacimientos.

Este elemento, cuya influencia se hace sentir sobre la riqueza, y sobre el hombre, que en realidad es también una riqueza, pues la eliminación de habitantes implica una pérdida de valores, desde que todo adulto, como dice J. B. Say, es un capital acumulado que representa todos los adelantos que ha sido preciso desembolsar durante muchos años para

ponerlo en el punto en que se encuentra al sucumbir, trae á su conclusión, en los períodos siguientes de paz, un notable aumento en el número de matrimonios y por tanto en la natalidad, en virtud de que la población, en presencia de los claros que la lucha ha dejado en sus filas, se siente estimulada á la procreación.

INFLUENCIAS LEGISLATIVAS. — La acción de los poderes públicos en el desarrollo de la población es una cuestión cuyo estudio tanto más se impone cuanto que Malthus, arrastrado por su misma teoría que le llevaba á ver en la población el gran obstáculo á la dicha humana, obstáculo puesto por la fatalidad de las cosas por ser ley de la naturaleza, y en su afán de refutar el panfleto de Godwin, con tendencias que hoy llamaríamos socialistas, llegó hasta proclamar la irresponsabilidad de los gobiernos en las grandes crisis. De esto á sostener que en el problema de la población la influencia del estado es ó debe ser nula, no hay más que un paso. Aparte de que las crisis son accidentes fatalmente naturales en la vida económica de los pueblos, los poderes públicos tienen siempre una influencia grandísima en su gestación y en su liquidación, de manera que son elementos de la cuestión, y por lo tanto, también intervienen en el aumento ó mejoramiento de los que viven en medio de las convulsiones financieras.

El autor que seguimos extractando, considera la acción legislativa sobre la población como directa é indirecta, atendiendo, no al efecto de la ley, sino á la intervención del legislador, es decir, si la razón de ser de la disposición legal es ó no obrar sobre la población.

El problema es éste: ¿puede el legislador intervenir en el aumento ó disminución de la población? Desde luego puede decirse que, aunque su influencia no será radical y decisiva, puede en algo oponer resistencias á la tendencia al aumento de los individuos, ya dirigiendo este desarrollo, ya mezclándose en el progreso de las subsistencias. Puede favorecer el crecimiento de la población otorgando facilidades para los matrimonios, recompensas á la fecundidad, protección á la vida de los habitantes y especialmente á aquellos que no pueden defenderse por sí; puede impedir el desarrollo en el número de hombres por las medidas contrarias tendentes á impedir ó dificultar la celebración de matrimonios.

Lo mismo diré de todas las leyes destinadas á proteger la vida de los individuos, no precisamente las leyes represivas del homicidio, sino las dictadas sobre higiene pública, las que protegen á las mujeres y los niños, leyes sobre huérfanos, expósitos. Igualmente puede hacerse esa consideración respecto de las leyes de impuestos, pues sería una injusticia, aunque poder salvarla en todos los casos sería materia de una organización fiscal complicadísima, imponer igual gravamen á dos fortunas iguales, pero poseídas por individuos cuyos gastos, según la familia de que son jefes, se presentan muy distintos. Gravando de la misma manera á cada contribuyente sin fijarse si es soltero ó casado, se cae en esa injusticia, á la que se llega, dice el doctor Bertillón, por espíritu de equidad, que produce una causa indirecta de disminución en los nacimientos;— se grava teniendo en cuenta la renta ó el capital, olvidando que la misma cantidad de riqueza varía, una

vez liquidadas y satisfechas las cargas que la familia impone.

Además tenemos como leyes indirectas sobre el desarrollo de la población, todas las que dictadas para determinar los modos de adquirir y ejercer el derecho de propiedad, obran sobre el número de los hombres favoreciendo ó perjudicando el desarrollo económico.

Las leyes que directamente se refieren al matrimonio pueden tener por objeto impedir su celebración, dificultarlo, exigiendo que se pruebe, mediante ciertas formalidades, que se cuenta con un capital ó medios para hacer frente á las necesidades del nuevo estado, ó favorecer su contratación.

Las leyes que prohíben la celebración del matrimonio de los indigentes, las que imponen la prueba de que tienen los contrayentes recursos para atender á la manutención de la prole, no producen efectos notables en el movimiento de la población; pues, aparte de la inmoralidad que encierran, por ser un verdadero atentado contra el individuo, aparte de la facilidad que existe para defraudar la formalidad de la garantía, y de los abusos á que puede prestarse, traen como consecuencia el aumento de las uniones ilícitas, de modo que la natalidad no disminuye y en condiciones mucho más desconsoladoras para los nuevos individuos. En las pocas naciones en que las leyes impedían el matrimonio, éstas han sido derogadas, pues la experiencia demostró su inutilidad.

Diré de paso que, aun cuando Malthus en la primera edición de su libro da á entender que es necesaria la intervención momentánea de los poderes

públicos para impedir el matrimonio de los indigentes, declara expresamente en la segunda edición que no desea tal ley, que la reprueba sinceramente por inmoral é injusta.

La única intervención racional del estado es la que figura en la mayoría de las legislaciones, la necesidad de obtener el consentimiento de los padres en la celebración de los matrimonios, pues de esta manera se evita la unión de seres que, por su edad, no tienen conocimiento exacto de los compromisos y deberes que tal hecho produce, y que son auxiliados en su inexperiencia por los consejos de sus genitores; salvando de ese modo un peligro, pues, como dice Rossi, son estos matrimonios precoces los que multiplican las familias más allá de los medios de subsistencia y perjudican su prosperidad y su porvenir moral:

Creo inútiles, como influencias que se hagan sentir, las leyes que pretenden favorecer el aumento de la población, acordando ciertos favores y privilegios á los padres de familias numerosas, por ejemplo, eximiendo de impuestos al padre de diez ó doce hijos, encargándose el estado de la educación de ciertos hijos, como la ley francesa de 29 nivoso, año XIII, que imponía á la nación la educación del séptimo hijo, porque, como dice Levasseur, la multiplicación de los hombres depende de causas demasiado generales y profundas para ser reglada por ordenanzas; y porque, como dice Rossi, si hay medios de existencia bastante, la población se desarrollará sin esas leyes; en el caso contrario, no serán las leyes las que la harán desarrollar.

La represión de la seducción, si es eficaz, obrará

favorablemente sobre el movimiento de la población. Las uniones ilícitas contribuyen poco á la propagación de la especie, desde que el padre no tiene la obligación legal, aunque tiene la moral, de alimentar á su prole; la deja á los cuidados de la madre, que generalmente no tiene medios para educarla;— esos seres están condenados á una vida corta, y si consiguen resistir hasta llegar á edad en que por sí solos pueden vivir, se encuentran siempre en circunstancias difíciles para la lucha por la existencia.

Admitidas, en nuestro estado moral actual, la prostitución y el concubinato cuando media el consentimiento de ambas partes, la ley puede y debe intervenir cuando esa conformidad no existe ó cuando el consentimiento de una de ellas está viciada por la minoría de edad ú otra causa análoga.

La represión puede ser penal ó civil. La eficacia de la primera es real y evidente, lo comprueba la estadística: al contrario de la fecundidad legítima, la fecundidad ilegítima es muy débil de los 15 á los 20 años; no hay otra explicación posible que la acción de la ley: el código penal, en casi todos los países, castiga al seductor de las menores; los libertinos se detienen ante la severidad de la pena. Llévase la protección de la ley sobre las mujeres víctimas de la seducción más allá de los límites que hoy le marcan las legislaciones positivas, y los nacimientos ilegítimos en algo disminuirán.

La represión civil consiste en la obligación que impone la ley, en ciertos casos, al seductor de indemnizar pecuniariamente á su víctima y sobre todo de reconocer al hijo. La indagación de la paternidad está admitida por la legislación inglesa, pero las

consecuencias de esa paternidad constatada son casi nulas, en virtud de que se condena al seductor á una pena civil tan suave que no compensa las incomodidades del proceso. Preferible es el sistema de la ley francesa, igual al que consagra nuestro Código Civil en su artículo 218;— la ley sólo permite la indagación cuando es evidente que el hijo no puede ser de otro que del raptor; es su intención poner en el mismo caso la paternidad legítima y la natural, obligando al reconocimiento del vástago cuando no exista duda; en la duda se declara á favor del padre. Los procesos sobre indagación de la paternidad, en este sistema, sólo se producen en casos raros en que la prueba es completa; el escándalo que pueda despertarse nada vale ante la justicia de la reparación que la ley ofrece á la víctima.

Es evidentemente inmoral ofrecer al seductor la impunidad cuando la responsabilidad se impone; y terminaré diciendo con Molinari: La interdicción de la indagación de la paternidad tiene principalmente por objeto disminuir el número de hijos naturales, aumentando el interés que tienen las mujeres en defenderse contra la seducción. ¿Pero no se obtendrá mejor el mismo resultado creando para los hombres un interés en no seducirlas?

En nuestra República la proporción entre la cifra de los hijos legítimos y la de los ilegítimos, demuestra un vicio en nuestras poblaciones que, al despertar graves temores, debe obligar á su estudio para aplicar los remedios que sean posibles. Sea producto de la ignorancia ó de la falta de moralidad, sea resultado de la miseria ó mala organización social, el hecho se presenta con caracteres poco consoladores,

y una reforma ó mejora en ese sentido se hace necesaria.

La estadística de los dos últimos años trae estas cifras de natalidad ilegítima en cada 100 nacimientos:

Departamentos	1892	1893
San José.....	10.08	9.05
Canelones.....	9.77	10.00
Montevideo.....	12.96	13.56
Maldonado.....	20.98	20.54
Colonia.....	22.45	21.41
Rivera.....	27.41	22.62
Florida.....	23.64	23.14
Rocha.....	21.64	24.91
Minas.....	26.45	25.65
Durazno.....	25.73	26.36
Paysandú.....	29.02	28.02
Treinta y Tres.....	29.35	30.88
Cerro-Largo.....	27.45	31.05
Salto.....	29.35	31.60
Tacuarembó.....	33.54	33.33
Flores.....	27.49	32.75
Artigas.....	35.38	37.11
Río Negro.....	34.98	38.48
Soriano.....	37.86	41.32

La enormidad de estas cifras, pues no puede decirse otra cosa frente á Soriano, que para cada 100 nacimientos presenta más de 40 hijos ilegítimos, se hace aún más resaltante tomando los datos del siguiente cuadro del *Anuario Demográfico*, reciente-

mente aparecido en las columnas de *La Razón*; de la comparación resultará que nuestro país no puede enorgullecerse en cuanto á moralidad, y eso que se toma un 22 por ciento como promedio durante el cuatrienio de 1890 á 1894:

Países	Período de observación	Nacimientos ilegítimos por 100 nacimientos
República O. del Uruguay	1890-1893	22.00
Francia.....	1865-1883	7.41
Italia.....	»	6.75
Inglaterra.....	»	5.27
Prusia.....	»	7.47
Baviera.....	»	15.24
Austria.....	»	13.37
Hungría.....	»	7.45
Suiza.....	1872-1883	4.59
Bélgica.....	1865-1883	7.05
Países Bajos.....	»	3.38
Suecia.....	»	10.17
Imperio Alemán.....	»	8.55
Noruega.....	»	8.49
Dinamarca.....	»	10.72

Concluiremos con este comentario del doctor don Carlos M. Ramírez: Probablemente, si las demás Repúblicas Sud-Americanas tuviesen su estadística tan bien arreglada como la nuestra, nos encontraríamos en buena y numerosa compañía; pero no es consuelo de esa clase lo que debemos buscar, sino el remedio, comenzando por no enorgullecernos de-

masiado de un estado social que trasciende en tan alarmantes manifestaciones.

Las leyes que rigen las sucesiones tienen que ejercer también una influencia eficaz sobre la natalidad. La influencia de la ley que fija la división del patrimonio, sobre las familias de propietarios es directa; la que se hace sentir sobre los proletarios es menos directa, pero no deja de ser real; la división de los bienes fincados, en el primer caso, que destina una parte de riquezas á cada heredero, limita forzosamente el número de hijos en virtud del principio de la previsión, y en el segundo caso, como el obrero deja su arte á sus hijos como única herencia, les deja un bien que se multiplica en proporción de su número.

El principio de la herencia es un estimulante eficaz de la actividad económica, desde que garante al genitor el porvenir de su familia; el padre sabe que si algún accidente lo arrebatara del seno de los suyos antes que éstos hayan llegado á la edad necesaria para defenderse por sí, no se perderán sus trabajos, pues lo que él ha atesorado pasa á sus hijos y servirá para su sostén y educación.

Desde el punto de vista económico, haciendo abstracción del derecho positivo, se conciben dos regímenes legales de sucesión: en el primero, el patrimonio del difunto, considerado como un todo indivisible, cambia solamente de dueño, de administrador más bien; en el segundo el patrimonio se divide generalmente cada vez que una sucesión se abre. Las consecuencias extremas á las que se llega, después de varias generaciones, en cada uno de éstos sistemas, son las siguientes: En el primero, que es

A CREMp [R]

Población /
Cremonesi, José



FD 48926